



Rosas Rodríguez, Saúl

El cine de horror en México
Buenos Aires: Lumen, 2003.

UNO DE LOS GÉNEROS CINEMATOGRÁFICOS más exitosos por su grado de penetración y consumo es, evidentemente, el horror, cualquier cosa que éste sea: sus límites se acercan peligrosamente al terror, lo fantástico y la ciencia ficción, por lo menos; especialmente en la época del cine posmoderno, en el que las fronteras genéricas se difuminan y combinan a capricho de la vena creativa, paródica y alusiva del autor.

En todo caso, Saúl Rosas Rodríguez se encarga de dar un panorama de cómo ha sido manejado el horror en el cine mexicano. Así, en principio se enfrenta a dos problemas: definir qué es el horror y visualizar sus formas, tonos, registros y posibilidades en un cine en el cual supuestamente no existe una tradición en ese género.

En efecto, el primer problema, de orden conceptual, es tratado en el primer capítulo de esta obra, titulado, precisamente, “El horror”. Aquí, el autor parte de criterios éticos y morales para deslindar los conceptos de bien y mal para, posteriormente, establecer una caracterización de sus figuras emblemáticas: dios y el diablo; en esto último se cita con rigurosa puntualidad a San Agustín y, en menor medida, a Orígenes. Y, por otro lado —con evidente reduccionismo— se relacionan las ideas de bien y mal con los conceptos de legal e ilegal.

El apartado termina con una tentativa de definición del horror ya basada en un autor canónico del género en la literatura: H.P. Lovecraft. Tanto el escritor

estadounidense como Gérard Lenne —en su libro *El cine fantástico y sus mitologías*— y hasta Octavio Paz son citados con pertinencia para definir el horror; e implícitamente terminan por relacionarse el cine y la literatura, pues se reconoce que el género posee características muy similares en ambas disciplinas.

Justamente, la idea de un vínculo indisoluble entre cine de horror y literatura del mismo género se profundiza más en el segundo capítulo, “Los antecedentes”, donde se establecen de manera más puntual las ligas entre el arte literario que sienta las bases del horror y el arte cinematográfico que adaptó las convenciones del género a las posibilidades de su propio lenguaje.

El autor considera como antecedentes del cine de horror a los narradores románticos, a la narrativa gótica y a los autores que, a principios del siglo XX, renovaron las formas del horror en la literatura: Arthur Machen, Algernon Blackwood y, especialmente, H.P. Lovecraft. Si bien esta consideración es entendible, también es cierto que sería más afortunado hablar de orígenes del horror, pues de esta manera se daría calidad de propuesta estética al género literario, sin que necesariamente requiriera de otro lenguaje para perfeccionarse o evolucionar.

La falla aquí es considerar que el fin de este género literario es ser trasladado al lenguaje fílmico, en vez de reconocer que, amén de una innegable relación, el género cabalga con independencia en ambos lenguajes.

Obviamente es el género fantástico el que recupera más el autor, aunque sin mencionarlo por su nombre, a falta de una perspectiva teórica en este sentido. Lo fantástico en literatura y el horror en el cine no son contemplados en el texto como una estética que se actualiza con las especificidades propias del lenguaje literario y del cinematográfico; únicamente se deja ver esto como una intuición de Rosas Rodríguez, más que como un planteamiento sostenido y fundamentado.

En el contexto de estas intuiciones se enlistan las características del cine de horror, según Lenne. Se evidencia la impronta literaria de estos rasgos que no son, por cierto, de carácter formal: monstruosidad, anormalidad (que violenta la normalidad), la necesidad del miedo (sentido por los personajes), las presentaciones de dos vías —interior y exterior al hombre— para romper la normalidad y, por último, la identificación del espectador; ésta sí, de orden pragmático, ya que la recepción emocional del espectador se vuelve fundamental.

El capítulo continúa con una rápida revisión de dos figuras canónicas del género inventadas por la literatura y largamente recreadas por el cine: Frankenstein y Drácula. Por supuesto, en ambos casos se trata de figuras emblemáticas de lo fantástico en la literatura (aunque *Frankenstein o el moderno Prometeo*

puede hoy considerarse fundadora de la ciencia ficción) y pertenecen al canon del género.

Sin embargo, el autor, en un intento por darle actualidad a su obra, incluye una sección de literatura contemporánea en la cual recoge las obras de William Peter Blatty y Stephen King, que dieron origen a dos de las cintas más representativas del horror: *El exorcista* y *El resplandor*, respectivamente. Queda clara la necesidad de hacer referencia a estas obras, aunque ciertamente la trascendencia literaria de Blatty y King dista claramente de la de Shelley y Stocker.

El tercer y último capítulo es el ejercicio crítico sobre algunos filmes mexicanos de horror. Rosas distingue entre las obras que se quedaron en intentos y las que son logros reales, según un criterio más tendiente a lo subjetivo, pues en realidad no hay aquí análisis, sino reseñas críticas. Las cintas aquí comentadas son *Dos monjes*, *El libro de piedra*, *La tía Alejandra*, *La invención de Cronos*, como intentos; y *El fantasma del convento*, *El vampiro*, *La puerta* y *Hasta el viento tiene miedo*, como logros.

El autor concluye que el horror es un género mal tratado en el cine mexicano, tanto por falta de interés en producirlo, como por incapacidad para manejarlo. Finalmente, se ofrece una filmografía en la cual se incluyen setenta obras representativas de México y Estados Unidos en su mayoría.

La obra de Rosas Rodríguez —su tesis de licenciatura— ofrece un panorama digno sobre un tema casi inexistente en el ámbito de los estudios fílmicos. Pese a sus evidentes limitaciones —discusión escasa sobre el horror y el terror, falta de un marco teórico que rija los juicios críticos y la somera visión del vínculo literatura-cine—, se trata de un texto que llena un vacío y vale como punto de partida para estudios más profundos sobre el tema. (JOV)